

# MANIFIESTO



**Javier Moguel**

## MANIFIESTO

*No podemos ser felices. Venimos al mundo para morir, y esa, fundamentalmente, es la causa de que no podamos lograr la felicidad.*

*Desde el mismo día en que vemos la luz del mundo por primera vez, establecemos un lazo con el resto de la humanidad, que nos hará desdichados el resto de nuestra vida, la muerte. Porque da igual el sexo, la raza, la religión, la posición económica, los estudios, las aspiraciones personales, o la ideología, incluso la forma de ser, porque todos, todos, moriremos. No sabemos cuándo, ni cómo, pero sabemos que pasará, y la muerte, sólo puede traer desgracia.*

[...]

*Pero no frena nuestra felicidad nuestra muerte, sino la muerte en general. La muerte de todas y cada una de las personas que conocemos. Morirán. Morirán nuestros padres, hermanos, familiares, amigos, pareja, hijos. A lo mejor antes o después que tú, pero muertos al final y al cabo. Y cuando te paras a pensar, sabiendo que algún día morirás, o verás morir a la gente que amas, dejas de ser feliz.*

*Porque la felicidad hay que encontrarla en las personas, nunca en lo material. La felicidad, vista como el bienestar emocional supremo de uno mismo, no puede ser encontrada en el dinero y bienes superfluos, sino con compañía, amor, sinceridad, cariño, ... cosas que sólo nos pueden facilitar nuestros seres más cercanos y queridos. Pero a la vez, ese mismo contexto que nos debería aportar felicidad, es el que provoca que no lo podamos ser, sabiendo que el final de todo será la muerte. Piénsalo con detenimiento. Conoces a la mujer o al hombre de tus sueños, pasas todo el tiempo de noviazgo, queriendo a esa persona cada día más. Os casáis, y os vais a vivir juntos. Tenéis hijos, formáis un hogar... elementos, todos ellos, que hacen que hayas creado un vínculo irrompible con esa persona, que te hace quererla por encima de todo, que hace que si piensas, por sólo un instante, en que se separe de ti, se te rasgue el alma. Pues ahora date cuenta de que seguro eso va a ser lo que pase.*

*Da igual cómo ocurra. A lo mejor uno de los dos morirá siendo aún jóvenes, cuando seáis sólo novios. O al poco tiempo de casaros, e incluso puede que al morir, ya hayáis tenido un par de hijos. O el azar puede hacer que la muerte llegue dentro de muchísimo tiempo, cuando hayáis vivido muchos años. Pero moriréis, y finalmente, esa sensación de que una mano te abre el pecho, te coge el alma, y te la arranca, de la cabeza a los pies, provocándote un dolor mayor del que pudiera soportar cualquier ser humano, te llegará. O le llegará.*

*Porque seguramente ahora mismo todos estéis pensando en el dolor de perder a alguien. Egoístas. Nunca pensamos en el dolor que provocamos al morir. Si de veras quieres a esa persona, piensa que, cuando le dejes para siempre en tu sueño eterno, sufrirá del mismo modo del que sufrirías tú.*

[...]

*Y ahora aplica todo lo dicho anteriormente, no sólo a tu pareja, sino a tus hijos, a tus padres, a tus amigos, ... No ha lugar para la felicidad.*

*Y la situación en que quedamos bloqueados no es sencilla. ¿Qué hacemos? ¿Repudiar toda compañía humana? ¿Quedarnos solos, sin ningún tipo de contacto ni relación? No, eso tampoco nos devolvería la felicidad que ilegítimamente nos ha sido arrebatada.*

*Porque, explicadme, ¿Por qué existe un concepto tan inalcanzable para nuestras torpes manos? Nos pasamos la vida en busca de la felicidad, y no nos damos cuenta de que debe ser un concepto utópico e inexistente, ya que nunca, repito, nunca, podremos ser felices.*

[...]

*El concepto felicidad, que tantas veces ha sido nombrado en este texto nos lo regalaron los romanos. Qué romántico. La Edad Antigua, el Imperio Romano, el latín... Dicha lengua contaba con tres adjetivos diferentes para hablar de felicidad, uno relacionado con la suerte, otro con los bienes, y por último, felix, para la fecundidad. Así que nuestra felicidad se relaciona con la fecundidad (y no olviden que los romanos nos hablarían de fecundidad natural).*

*¿La fecundidad? ¿Tener hijos? Todos los que me estén leyendo, sean padres, o tan sólo hijos. ¿Alguna vez se han parado a pensar en el momento en que trajeron a una criatura a este mundo, o en el que fueron traídos? Porque les recuerdo que estamos aquí para sufrir, para ser infelices. Así que, para los padres, ódiense por provocarle eso a sus hijos. Los hijos, odien a sus padres. Su vida y su camino de lágrimas y penurias se lo deben a ellos.*

*¿Es que nadie piensa realmente cuando decide tener un hijo? Nunca pensamos en las consecuencias que traerá. Nunca podré comprender los partos ocurridos en plena Guerra Mundial, tanto la primera como la segunda, o en cada país, con sus guerras civiles. La gente vive en una época de terror, de miedo, de muerte, y aún así, trae al mundo a una criatura. Eso es marcarle con la infelicidad. Pero no hace falta acercarnos a un genocidio para ser un irresponsable por ser padre. En cualquier situación, si nos paráramos a pensar, lo peor que podemos hacer es tener un vástago. Obligar a nuestro hijo o a nuestra hija a crecer en un mundo de convencionalismos, los propios de su edad, y que acabaremos odiando. Les haremos ir al colegio, lo que, de por sí, no sólo nos convierte en infelices, sino también en hipócritas, al obligar a nuestros hijos a ir a un lugar que toda la vida odiamos, y que sabemos que odiarán, y que hará que nos odien, y que no puedan ser felices. Pues del mismo modo con la adolescencia, etapa en la que sabemos que nos odiarán con todas sus fuerzas, y seguramente nosotros a ellos. El momento de decidir si estudia, eligiendo una carrera que no nos guste o que no les guste, o trabaja, decepcionándonos por no aspirar a más. Y cuando nos presente a su pareja, a la cual odiamos, provocando la infelicidad a 3 bandas, tu descendiente, su pareja, y tú mismo. Y algún día se irá de casa, y a pesar de haberte pasado media vida siendo un*

*infeliz a causa de tu hijo, serás aún más infeliz por que se vaya. Y así hasta que te mueras, momento en que regalarás a tu hijo, o hija, el dolor de perder a un padre.*

*Y todo esto si la vida pasa como debe pasar, dolorosa, pero siempre hacia adelante, siguiendo el guión que nos hace la vida, valga la redundancia, un poquito menos insoportable. Pero siempre cabe la posibilidad de que las cosas no sean así. No siempre los hijos pierden a sus padres ya ancianos, sino mucho antes. Dolor. Y no siempre son los hijos los que entierran a sus padres. Más dolor. Más infelicidad.*

[...]

*¿Y dónde nos refugiamos? En la religión. No. No es esto un panfleto ateo, pero me repugna ver cómo la gente se escuda en una teórica vida en el más allá, en la fe, en Dios (y no hablo de ninguno en particular, sino de todos los dioses que habéis creado). ¿Dios? Si culpo a los padres de traer niños al mundo, ¿de qué no culpar a esos dioses? ¡Libre albedrío! ¡Predestinación! INFELICIDAD. El mundo es el peor invento de todos los existentes, por ser fábrica de infelices, y debemos dar la espalda al que nos coloca aquí, para sufrir.*

*Y aún así, como he dicho, no busco convertir esto en un panfleto ateo. No puedo renegar de la existencia de algún tipo de deidad, ser sobrenatural, como queráis verlo. Pero tenéis que probar la espiritualidad individual. Quedaos en silencio, sin nadie alrededor, a ser posible, a solas con la naturaleza. Y en ese momento, si estáis bajo las estrellas, repasad todas vuestras desgracias. Llegaréis a un punto en el que os sintáis puro desecho en mitad de un universo tan grande, desolados. Justo entonces necesitaréis creer en un dios. Pues ese, ese dios que sintáis en ese preciso instante será el Dios en el que deberéis creer. Un dios nacido de vuestras necesidades, vuestros miedos, vuestra infelicidad. Un dios cortado con vuestro patrón.*

*Pero no nos desviemos, volvamos al tema que nos atañe. La imposibilidad de ser felices.*

[...]

*Supongo que a estas alturas más de un escéptico se estará riendo de estas palabras. Sólo me cabe imaginar dos tipos de personas que piensen que no tengo razón. Uno, los sufridores que se creen felices. Gente que ha sufrido mucho, y aún así, creen que su misión es no decaer, ser felices. Pero ambos sabemos que es mentira. Por dentro, la melancolía seguirá quemando como el primer día, y la perspectiva de un futuro aún peor, como sabemos que será, no hace sino obligarte a sentirte de una forma terrible. Dos, aquellos que no conocen el sufrimiento, y por ello no pueden imaginar un futuro peor. Para ellos solo tengo compasión. Compasión porque, cuando les toque descubrir la verdad de mis palabras, la imposibilidad de ser felices, sus lágrimas serán las más amargas, porque el dolor será terrible. No decaigáis, todos estaremos igual.*

[...]

*Y seguramente muchos de vosotros penséis que la mejor manera de sobrellevarlo es vivir una vida larga, y completa. No, a vosotros nunca os matará un cáncer ni os atropellará un autobús, porque no fumáis, y miráis a los lados antes de cruzar. Creedme, no hay freno posible a la muerte, y privarnos en esta vida no nos la hará más amable. Disfrutad lo que podáis mientras estéis respirando, luego ya será demasiado tarde.*

**Extracto del libro “La decadencia del Siglo XXI” del historiador y sociólogo  
Richard F. Lock (2024)**

*El primer cuarto del Siglo XXI ha sido un fracaso en todos los sentidos. Hasta 5 presidentes de los Estados Unidos de América, sin contar los innumerables dirigentes del resto de los países antaño conocidos como del Primer Mundo, han sido incapaces de sacarnos de una crisis que dura ya dos decenas de años.*

*Quizá para los más jóvenes la opulencia sea historia antigua, pues ya contamos con toda una generación nacida y criada en la miseria, y no sé si es conveniente hacerles ver cómo era la vida antes de la Gran Depresión Mundial. Dejaré esa tarea para aquel al que aún le quede algo de esperanza, pintar un cuadro de cómo vivía el mundo antes de toda esta pobreza y caos, yo me permitiré mostrar cómo vivimos ahora, con la esperanza de que dentro de mucho estas palabras sean leídas como lo que deben ser, historia.*

(...)

*Tras los diez primeros años de crisis, todo parecía dispuesto para un repunte de la economía, todos mirábamos expectantes esperando a que todo volviera a ser como antes. El problema era que no sabíamos dónde teníamos que mirar. ¿Al presidente del país con una batería de reformas que fuera suficiente para devolverle a la economía del pueblo el brillo que anteriormente había tenido? ¿A los Estados Unidos, motor por excelencia de la economía globalizada? ¿A China, el nuevo y temido gigante mundial? ¿A la Bolsa, quizás? Y mirábamos en todas las direcciones con ilusión, pero nunca veíamos nada.*

*A la altura de 2017, ya nadie pensaba en el Tercer Mundo. Gran parte de África y Asia, tradicionalmente sostenidas por las ayudas humanitarias de Occidente, se habían convertido en pozos negros. Estaban ahí, pero ya nadie pensaba en ellas; si Europa no podía permitir vacunas para la gripe para su población, por qué pensar en llevarles agua a ellos.*

*Es el mismo año en que comienza el denominado Retroceso de la Seguridad Social en Europa. Se adoptó el modelo estadounidense de una forma bárbara, creando una sociedad completamente polarizada, donde sólo existían ricos que se podían permitir sobrevivir al sistema, y los pobres, que esperaban poder morir con un poco de dignidad. Estados Unidos, mientras tanto, mantenía sus estructuras a duras penas, agotando el poco poder que le quedaba a esas alturas.*

(...)

*Ya empezada la segunda decena de este Siglo, un gran terremoto sacudió la economía global, haciéndonos ver que todo lo ocurrido hasta entonces era el prólogo de lo que estaba por pasar. El hundimiento total de la economía, y la caída posterior de los gobiernos de todos los países nos llevó a la situación actual: gobiernos de concentración con los pocos idealistas que quedan y microsistemas económicos donde absolutamente todo el dinero, la producción, el gasto,... están controlados por el estado. Sistemas sanitarios casi inexistentes, la práctica desaparición de los ejércitos en favor de la policía para controlar la delincuencia (evidentemente disparada), un control total de la industria, enfocada a los bienes de primera necesidad y al día a día de la población una vez extintas las importaciones y las exportaciones, y una educación al alcance de muy pocos.*

(...)

*El sistema educativo se había reducido a un puñado de colegios por población adonde los niños y niñas iban para aprender a leer y escribir. Un instituto por cada 10000 niños, accediendo a ellos sólo un puñado de jóvenes selectos por su intelecto, que a su vez tendrían que pasar una criba antes de poder llegar a la universidad. El uso singular de la palabra Universidad nunca fue tan acertado, ya que solo quedan 1 o 2 por país, y sólo llegan a estudiar en ella las mentes preclaras, con el objetivo de ser formadas en materias importantes como la medicina o la arquitectura. Un nuevo plan de estudios adoptado por todos los países, según el cual durante los dos primeros años de carrera, todos los alumnos recibirían formación sobre ética, filosofía, liderazgo, humanidades,... y los dos últimos, formación específica sobre alguna de las ramas anteriormente mencionadas.*

## CAPÍTULO I

Mada estaba nervioso, hoy empezaba la universidad. Tumbado boca arriba en el camastro situado en el salón pensaba en lo paradójico del asunto: él, un joven que sólo conocía la desdicha, y a la vez uno entre los cien que ese año entrarían en la Universidad. Uno entre cien de entre el millón de jóvenes que habitaban España.

-¡Qué suerte! – Dijo en voz alta con sorna.

Su padre se levantó al escucharle. Siempre dormía con la puerta de la habitación abierta, “por si acaso” decía. Se quedó de pie delante de su hijo y le miró sonriente, aunque Mada sabía que era una sonrisa carente de sentimiento. Hacía mucho que si padre vivía en penumbras de tristeza y la cara que mostraba al mundo era una máscara diseñada para no dar pena, aunque tenía que reconocer que esa mañana la sonrisa tenía un punto más de real; igual que tu hijo sea uno entre cien de entre un millón era una alegría.

-¡Vamos hijo! Un gran día te aguarda.

-Sí papa.

Mada ya estaba en pie recogiendo el camastro, escuchando cómo su padre preparaba “agua sucia”. El bote ponía café, pero así era como lo llamaban en casa. Desayunaron en silencio, aunque mirándose a ratos fijamente a los ojos, una costumbre que habían desarrollado después de que muriera su madre. Les permitía decirse todo lo que sentían sin tener que recurrir a las palabras, algo muy útil cuando éstas son el desencadenante de las lágrimas. Y ya había habido demasiadas lágrimas en ese hogar.

A pesar de la total ausencia de fotografías, un artículo de complete lujo en los tiempos que corrían, Mada podía recordar la cara de su madre a la perfección a pesar de los cinco años que hacía ya que había muerto su progenitora. Seguramente el dormir todas las noches pensando en ella, en su cara, ayudaba a mantener fresca su imagen. Se había marchado con 35 años, dejando un hijo huérfano de 13 y un viudo de 36. Maldito cáncer. Su padre le había contado que antes de la Gran Depresión había llegado un momento en que la lucha contra esa enfermedad estaba casi ganada, pero los amplios recortes en sanidad le habían vuelto a dar una gran ventaja.

Su única suerte fue no tener que pasar por el duelo solo. Desde que murió su madre pudo contar con el apoyo de su amiga Rosa, la muleta que le mantuvo en pie desde entonces. Amigos desde que apenas eran capaces de andar, ella siempre estuvo allí. Habían ido juntos al colegio y al instituto, aunque ella no había llegado a entrar en la Universidad. Le adjudicaron un trabajo en la fábrica textil de su madre, aunque eso no impidió que mantuviera la buena relación que tenía con Mada.

-¿Quieres que te acompañe hasta la Universidad, hijo? – Su padre hizo que Mada saliera de sus pensamientos de forma abrupta.

-No papá, no quiero ser el rarito de clase.



A su padre no le hizo gracia el comentario, pero aun así se rio. Recogió los utensilios sucios de la cocina, le dio a su hijo una bolsa con el almuerzo, y besándolo en la frente y sin decir nada comenzó a limpiar la casa. El joven sabía qué significaba aquello: papá estaba triste. Mejor no decirle nada. Se vistió, cogió su libreta y un boli, y salió por la puerta dispuesto a afrontar su primer día de clase.

El camino hasta la Universidad era largo, una hora andando. A principios de Septiembre no era un gran problema, pero tendría que conseguir un buen abrigo para cuando llegara el invierno. Ah, el invierno... había escuchado que en la Universidad había calefacción, aunque no sabía si creérselo, todo eran habladurías de gente que nunca había estado allí. En cuanto al abrigo, lo mejor sería hablar con Rosa, seguro que ella podría conseguirle alguno que le resguardara del frío.

Ensimismado en sus pensamientos llegó al imponente edificio que albergaba la Universidad, un antiguo cuartel del ejército. Como los gastos se habían reducido antes en educación que en defensa, las antiguas facultades de las diversas universidades que había en Madrid habían ido reutilizándose a lo largo de los primeros años de la Gran Depresión, cuando los presupuestos militares se desplomaron, fueron los cuarteles los que fueron reutilizados. *“Una evidencia más del calado de los que nos gobiernan”* había dicho su padre.

Rodeado por una valla metálica aún con alambre de espino en su parte más alta, se erigía una sobrecogedora edificación de ladrillo de más de 15 metros de altura dividido en 5 altos pisos. A ambos lados del bloque central, donde se impartían las clases comunes de los dos primeros años se encontraban dos construcciones que se abrían como las alas de un águila, provocando un turbador efecto contradictorio entre el acogimiento y el temor. Ahí era donde se impartían las clases específicas de los dos últimos años de la carrera. Mada quería esforzarse por verlo como un segundo hogar, pero le provocaba demasiada impresión.

Mirando el reloj que le había prestado su padre se dio cuenta de que llegaba justo de tiempo, tendría que salir antes de casa. Tenía cinco minutos para averiguar en qué grupo estaba colocado y dónde estaba el aula que le hubieran asignado. Atravesó corriendo el patio delantero, subió los peldaños de las escaleras de acceso al edificio de dos en dos y, derrapando, frenó en seco ante el gran tablón de corcho que había nada más entrar.

-Alumnos de primero, alumnos de primero,... - Mada se esforzaba por encontrar alguna pista entre la ingente cantidad de papeles que poblaban el tablón sobre cuál debía ser su siguiente movimiento – Primer año, grupos, ¡Esto es!

Rápidamente vio que estaban separados por orden alfabético por apellido en grupos de unas 25 personas, lo cual le colocaba en el grupo C. Inmediatamente comenzó a buscar el aula donde estaría su grupo, algo más fácil de encontrar pues los horarios estaban justo debajo de los listados de alumnos.

-Lunes, primera hora... aula 27 B. ¿Dónde está eso?

Cuando giró la cabeza en busca de alguien a quien preguntar vio al ser humano más perfecto que habían visto ningunos ojos jamás. Alta, con la cara redondeada, pelo rubio y unos ojos tan claros como el océano más tranquilo. Y estaba perdida, lo veía en su mirada. Raudo se acercó hasta ella y le ofreció su ayuda.

-Pareces perdida, ¿Quieres ayuda?

-La verdad es que sí – dijo ella un tanto azorada – Buscaba el aula 27 B.

Parecía que la vida sonreía a Mada. Caballeroso como le había enseñado su padre se ofreció a acompañarle hasta el aula que ambos compartirían confiando en un golpe de suerte.

-¡Somos compañeros de clase! Yo también voy ahí.

Con un rápido vistazo observó que las pocas aulas que había en la planta baja empezaban por 0, y rezó porque su corazón fuera certera. Tomándola de la mano con dulzura arrancó a correr por las escaleras.

-Corre ¡Que llegamos tarde!

Sin detenerse en la primera planta le pareció ver cómo ahí las clases comenzaban con el número 1. Al llegar al segundo piso, un disimulado suspiro de alivio le indicó que tenía razón: allí estaban las aulas que empezaban con el 2. Tras escudriñar a derecha e izquierda supo que tenía que empezar por su diestra. 21, 22, 23... y dentro de un pequeño pasillo 27 A, B y C. Con sólo 7 minutos de retraso ambos entraron en clase.

Se sentaron al fondo de la sala tras murmurar un silencioso “*lo siento*”, aguantando la mirada de reprobación del profesor de una asignatura que ya no recordaban cual era, haciendo cómo que atendían y escuchaban atentos apuntando las cosas más importantes en sus libretas, pero pensando cada uno en el otro lanzándose miradas de reojo.

Cuando terminó la clase averiguaron a través de un compañero el horario completo. Con júbilo vieron cómo a media mañana disfrutarían de un pequeño receso para descansar y almorzar, el cual esperaban con ansia para poder hablar. Tras las tres primeras clases (Matemáticas, salud y literatura), llegó el ansiado recreo. Bajaron las escaleras juntos, muy juntos, tanto que cada peldaño que bajaban suponía un roce entre sus brazos. Cuando salieron al antiguo patio de armas del cuartel ambos se quedaron frente al Sol, sintiendo su cálido saludo y el aliento que les ofrecía el aire. Sin saber si habían pasado 10 segundos o un cuarto de hora, finalmente Mada se giró hacia ella.

-Bueno, mi nombre es Mada – Dijo fingiendo un desparpajo que era consciente que no tenía.

-Encantada, yo soy Violeta – La chica hizo un ademán de darle dos besos, pero la vergüenza casi tangible que existía en los dos jóvenes hizo que se detuviera.

Por primera vez en mucho tiempo Mada pudo disfrutar de una auténtica sonrisa, una cálida y sincera, y notó cómo en sus labios se formaba una muy parecida.

Tres horas más tarde terminaba el horario lectivo y se despedían en la puerta principal de la Universidad, decepcionados por tomar caminos opuestos de vuelta a casa. Pero daba igual, Mada iba contento pensando en Violeta de camino a su hogar, y el paseo se le pasó volando.

Impaciente aguardó hasta la tarde para correr a contárselo a su amiga. Después de comer, y tras convencer a su padre de que no le habían puesto deberes aún, corrió al parque de debajo de su casa donde siempre quedaba con Rosa.

-¡Pues sí que te tienen que haber tratado bien en la Universidad! – Exclamó su amiga al verle llegar – Vaya cara de contento que traes.

-No te lo vas a creer, he conocido a la chica de mis sueños.

Pasaron horas en el parque hablando sobre Violeta, las clases, el trabajo de Rosa. Los minutos pasaban volando cuando conversaba con su amiga, era como un refugio de paz en medio de una gran guerra que asolaba el planeta. Con ella encontraba tranquilidad y sosiego, y sabía que podía contarle cualquier cosa.

-Prométeme una cosa – dijo Rosa mientras se despedían – Cuando te ligan a esa chica, no te olvidarás de mí.

-Nunca – contestó Mada ofendido – No existe mujer que pueda hacer que te aparte de mi vida.

Al día siguiente el chico despertó con una extraña sensación, como si acabara de despertar de un sueño muy largo. Apenas era capaz de recordar la última vez que había vivido un día en el que se hubiera sentido tan feliz, tan lleno de dicha. Pero no, no era un sueño, había sido algo completamente real. El simple hecho de haber conocido a una chica tan maravillosa como Violeta hacía del mundo un lugar mejor, y apenas había comenzado a saborear las mieles de ser uno de los pocos alumnos que había conseguido llegar a la Universidad.

Disfrutó de aquella jornada como si fuera la primera vez que lo hacía, el paseo hasta el antiguo cuartel, el encuentro con Violeta, las risas con los compañeros, comenzar a aprender materias realmente interesantes. Sentir la pequeña punzada en el corazón al despedirse de Violeta y pensar que estaría sin verla durante 18 horas, hablar con su padre de lo que había aprendido, charlar con Rosa sobre la gente que iba conociendo, aquella chica que le tenía tan loco. Mada se acostó esa noche sintiendo de nuevo que vivía en un sueño, ahora entendía algo que su padre le había dicho una vez.

-Algún día entenderás que la mejor parte de una relación son todos los días previos a que esta comience – le había dicho muy serio – Cuando apenas hay confianza y sólo habla el corazón, cuando cualquier gesto es bien recibido, un contacto cualquiera se convierte

en un motivo para sonreír. El corazón continuamente se desboca ante su simple presencia, y el estómago se convierte en un vivero de mariposas.

Ahora comprendía cuánta razón tenía su padre, y lo complicado que era describir de forma exacta esa sensación. Pero pese a dormirse aquella noche con la imagen de la cabeza en la chica y una sonrisa en los labios, sus sueños decidieron alejarse de sus pensamientos. Soñó que flotaba en el espacio disfrutando de una paz completa. Entonces miraba hacia la Tierra y la veía arder por completo. Por suerte cuando se despertó, aquello sí había sido un sueño.

Comenzaron a pasar los días y las semanas, y conforme iba pasando el tiempo Mada se iba acostumbrando a su nuevo ritmo de vida. Madrugar, caminar hasta la Universidad, asistir a las clases, disfrutar de cada momento con Violeta, conocer gente nueva,... Le gustaba mucho todo lo que aprendía en cada asignatura: conocimientos básicos de medicina, matemáticas avanzadas, los mejores autores de la literatura universal. Pero lo que más le gustaba por encima de todas las cosas era la filosofía. Jean Jacques Rousseau, Locke, Platón, Descartes,... tanta gente que había dedicado su vida a pensar y compartir sus ideas sobre el mundo, la felicidad, el amor, con todos los demás. Tantos hombres dispuestos a sacrificar su vida en pos de la búsqueda de la verdad y el conocimiento.

Todos los días cuando el reloj marcaba las 15:30 y terminaba su horario lectivo Mada volvía a casa, comía y se ponía a estudiar y a hacer deberes. Por fin había encontrado algo que llenaba el vacío que tenía en el pecho provocado por la pérdida de su madre a tan temprana edad, convertirse en alguien en la vida. Pero lo que más tiempo ocupaba su mente era Violeta. Con el paso de los días habían ido tomando más confianza y conociéndose. La posición de ella era un poco más acomodada que la de él pues su padre trabajaba para el gobierno como asesor financiero y su madre regentaba uno de los locales donde se vendía ropa. Vivía en la mejor zona de la ciudad, aunque eso apenas significaba que por sus ventanas no entraba aire cuando se suponía que estaban cerradas.

A la muchacha le gustaba la lectura, la música, los paseos largos, todas esas cosas en las que Mada nunca se había detenido a pensar, pero que de repente había aprendido a apreciar. Un día Violeta le llevó a la biblioteca de la Universidad, le contó que la conocía desde pequeña porque su padre le llevaba allí a veces a leer. Le enseñó la distribución de los libros, sus autores favoritos, la sala insonorizada dedicada a música que ya nadie tocaba, y lo que más impacto a Mada, Internet. Le explicó que antes de la Gran Depresión todo el mundo tenía ordenadores en casa y acceso a Internet. Le costó entender que era como una gran red de información que compartían todos los hogares, todas las cosas que podías hacer desde la comodidad de tu casa, una conexión casi instantánea con todos los lugares del planeta y toda la información de la que disponía.

El chico nunca le llegó a confesar que sintió una mezcla de pánico y escepticismo cuando se lo contó. Desde la Gran Depresión Internet era una pequeña red que compartían las universidades y los gobiernos de los diferentes países para intercambiar información

y mantener reuniones urgentes sin tener que viajar, aunque costaba mucho dinero mantenerla, algo que no le gustaba demasiado a la mayoría de la gente.

Y así, sin darse cuenta, había pasado su primer mes en la Universidad.

## CAPÍTULO II

Con el paso del tiempo Mada había empezado a sentirse cómodo. Todo era parte ya de su rutina, todo era automático y le iba bien. No faltaba a clase y llevaba las asignaturas al día, tenía buena relación con los compañeros, sobre todo con Violeta. La relación entre ambos jóvenes se había transformado en una maravillosa amistad casi desde el principio, y unas mágicas chispas saltaban cada vez que estaban juntos.

Mada decidió dar un paso adelante e invitar a su nueva amiga a ir a su casa. Aprovechó el final de la primera clase, mientras salían del aula a estirar las piernas para planteárselo con un miedo atroz.

-Oye... estaba pensando que tenemos muchos deberes de matemáticas, y es obvio que a ti se te dan mejor que a mí. Esto... si quieres, si puedes, si te apetece... podrías venir conmigo a casa cuando terminen las clases y me ayudas a hacer las tareas.

-¡Claro! Pero debería avisar a mis padres, dame un minuto – Y se marchó corriendo.

A Mada le extrañó, no sabía a cuánta distancia estaba la casa de la chica pero no creía que un minuto fuera suficiente para que fuera y volviera. Llegó Fernando, el profesor de filosofía, el cual le indicó con la mano que entrara en la clase. Pasó mirando hacia atrás por si llegaba Violeta, pero nada. Supuso que se saltaría la clase para avisar a sus padres de que no volvería a casa cuando terminaran.

Llevaba dos minutos hablando el profesor de filosofía cuando Violeta apareció por la puerta disculpándose ante el profesor, y con la cabeza agachada corrió a sentarse al lado de Mada.

-Arreglado, puedo ir a tu casa a hacer los deberes. ¡Pero me tendrás que dar de comer! – Soltó la chica en voz baja.

De inmediato asaltaron dos pensamientos al joven. El primero, cómo era posible que en tan poco tiempo hubiera podido avisar a sus padres de que iría con él a su casa a estudiar. El segundo, que pasarían la tarde entera solos. Y así pasó el resto de la mañana, con una sonrisa estúpida en la boca pensando en la maravillosa tarde que le quedaba por delante.

Sonó el timbre que marcaba la última hora y con un vuelco al corazón se puso en pie y se dirigió hacia la salida junto con Violeta. Comenzaron a andar camino de casa del joven tratando temas triviales: las asignaturas, el tiempo, la ciudad. Pero ahora, con la mente alejada de lo que le contaban los profesores a Mada le volvió la otra idea a la cabeza. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo había avisado tan rápido a sus padres?

-Oye Violeta, hay una cosa a la que no paro de darle vueltas. ¿Cómo te has puesto en contacto con tus padres? Es decir, has tardado realmente poco.

-Ya... es que les llamé por teléfono – Contestó la chica visiblemente azorada.

-¡Ala! ¿Tenéis teléfono en casa? Supongo que será uno de los privilegios de tener un padre que trabaja para el gobierno ¿no? – Dijo Mada con voz pícaro guiñándole un ojo.

-Sí... - La incomodidad de la chica cada vez era más visible – pero les llamé desde mi teléfono móvil – Su cabeza caía cada vez más abajo, juntando el mentón con el pecho.

-¿El qué? ¿De verdad tienes un teléfono móvil y no me lo habías dicho? ¡Creía que eran un mito! ¿Puedo verlo? – Mada se debatía entre el enfado por acabar de enterarse del secreto de su amiga y la fascinación ante la posibilidad de ver un objeto de culto, prácticamente una leyenda de la que se oía hablar en la calle.

-Aquí no Mada – la voz de la chica se convirtió casi en un susurro – Espera a que llegemos a tu casa, es peligroso sacarlo en mitad de la calle – Sus ojos recorrían las aceras con la esperanza de que no hubiera nadie que les pudiera haber escuchado – perdón por no haberte dicho nada.

-Tranquila, el mero hecho de que me lo vayas a enseñar hace que se me pase cualquier enfado. ¡Vaya, un móvil!

El resto del camino fue algo incómodo. Ella, aún avergonzada, él, haciendo un gran esfuerzo por no comentar nada más sobre el teléfono en la calle, pero incapaz de apartarlo de su mente. El silencio les acompañó durante parte del trayecto sin apenas darse cuenta, y sin darse cuenta habían llegado a casa de Mada.

-Pasa, mi padre no está. Acabará tarde en la fábrica de conservas donde trabaja – Dijo el chico mientras entraba en su casa – Voy a ver qué ha dejado de comer. ¡Guisantes! – Le costaba todo un mundo no volver a sacar el tema del móvil, pero no era tan torpe y había acabado dándose cuenta de lo incómoda que hacía sentir a su amiga.

No tardó mucho en enseñarle la casa. Nada más entrar, un pequeño pasillo de apenas un metro de largo que daba directamente al salón.

-Salón es la forma abreviada de llamarlo, su nombre completo es salón-comedor-habitación de Mada – le explicó mientras le mostraba el camastro escondido tras el sofá.

Al fondo dos puertas daban a la cocina y al cuarto de su padre, y una tercera en un lateral al pequeño baño de la casa. El mobiliario de toda la vivienda era bastante antiguo y exiguo, el justo y necesario para que él y su padre pudieran vivir el día a día, donde lo que más destacaba era la arcaica televisión que presidía el salón. En prácticamente todos los hogares aún había televisores aunque apenas se utilizaban. El total de cadenas se reducía a dos, ambas estatales, y toda la programación se basaba en reposiciones de series antiguas y dos veces al día los deprimentes informativos.

Mada preparó la mesa, sirvió la comida e indicó a Violeta dónde podía sentarse. El ambiente, ya más distendido, hizo que ambos se relajaran un poco y volvió a surgir la conversación. De nuevo recurrieron a temas banales para obviar los nervios que sentían los dos.

-¿Has visto qué gafas más horribles lleva Sara? No debe ver tres en un burro – Qué fácil era tratar esos asuntos – ¿Qué hay de postre, Mada?

-Pues déjame mirar a ver qué tenemos – Contestó tras un par de segundos en silencio, de repente era él quien no se sentía cómodo – Creo que no hay mucho – Dijo con una voz casi imperceptible ocultando una naranja con pequeños tintes de moho – Se le habrá olvidado a mi padre ir a comprar. – El rojo de su cara era invisible para Violeta, porque él, consciente, aún miraba dentro de frigorífico.

-No te preocupes. La verdad es que tampoco me cabrían. Los guisantes estaban buenísimos y me han llenado. ¿Nos ponemos con las matemáticas?

A Mada ya no le apetecía sentarse a hacer los deberes, ni pedirle a la chica que le enseñara el teléfono móvil, pero sabía que tenía que aprovechar la oportunidad de estar junto a ella. Además, seguro que no era la primera vez que le ocurría algo similar. ¿O sí? Haciendo un esfuerzo sonrió, y sacando las cosas de la mochila se sentó junto a ella.

Conforme fue pasando el tiempo Mada fue relajándose y aprovechó cada instante junto a ella, aunque fuera calculando complicados problemas. Esa tarde aprendió muchas cosas, y casi ninguna relacionada con las matemáticas. Le encantaba escuchar la risa de la muchacha, y la extraña sensación que le recorría la espalda cuando era él el que conseguía hacerle reír. Le gustaba cómo le caía el pelo tapándole la oreja, y la forma en que la chica se lo pasaba por detrás de la oreja. En multitud de ocasiones ella le sorprendía mirándolo la fijamente y le tenía que reñir para que prestara atención a lo que le estaba explicando, provocando una ola de calor en la cara de los jóvenes.

-Ya he llegado hijo, ¿Qué tal te ha ido...? – La llegada de su padre cogió a Mada por sorpresa, el tiempo había pasado volando. – Vaya, si tenemos visita. Hola, yo soy Ramiro, el padre de Mada.

-Encantada, yo soy Violeta, una compañera de clase.

-Sí, estábamos haciendo deberes de matemáticas – Mada descubrió cómo en su voz había tomado tintes de culpabilidad sin saber por qué.

-Así me gusta – Dijo su padre con una sonrisa en la cara – Que seáis aplicados, vosotros sois el futuro de este país. Por cierto Mada, me he encontrado con Rosa en la calle y me ha dicho enfadada que ha estado media hora esperándote en el parque. Creo que deberías hablar con ella.

De repente Mada se sintió verdaderamente estúpido, se le había pasado por completo cancelar la cita diaria con su amiga. Prometiéndose ir a pedirle disculpas y explicarle qué había pasado, ayudó a Violeta a recoger sus cosas antes de acompañarle hasta su casa. Ella insistió en que no era necesario, pero Mada sabía comportarse como un auténtico caballero.

Cuando llegaron a la zona donde vivía la chica, fue consciente de que la única diferencia no estribaba sólo en el aire que se colaba por las ventanas. Era un barrio con casas separadas unas de otras, algunas de dos plantas, a diferencia del viejo edificio en el que vivía él. Violeta se percató de cómo miraba su amigo las viviendas.

-Aquí viven las personas que trabajan para el gobierno – Comenzó a explicarle – como mi padre. Disponemos de más espacio y algunos privilegios. En invierno tenemos calefacción por las noches, y los últimos colchones que se fabricaron los repartieron en este barrio. – A Violeta le seguía costando todo un mundo hablar de ello, pero se esforzaba por normalizar la situación.

-Mi padre siempre dice que un hogar no es mejor por las cosas que tiene dentro, sino por quien lo habita – A pesar de la fuerza con que salieron las palabras de la boca del muchacho, aún mantenía la cabeza gacha – Aunque en mi caso, ni lo uno ni lo otro.



Violeta se quedó helada, no supo qué decir ni cómo reaccionar. Los diez minutos que restaban andando los pasaron casi en silencio. Cuando llegaron a la puerta de su casa Mada se esforzó por sonreírle y agradecerle la ayuda prestada con las matemáticas, deseándole buenas noches antes de marchar y notar la lástima que había en la mirada de la muchacha cuando se dijeron adiós.

En el camino de vuelta el joven se entretuvo con la madeja de pensamientos que se había formado en su cabeza. En sólo una tarde había aprendido más de Violeta que en todo el tiempo que hacía que la conocía, cosas nuevas y extrañas para él, y que no sabía cómo digerir. Era la misma chica estupenda y simpática por la que sentía algo, pero de repente estaba rodeada de un halo diferente.

Pasarse por casa de Rosa para explicarle lo sucedido y pedirle perdón no mejoró la situación, su mejor amiga estaba dolida con él.

-Me prometiste que ninguna mujer en el mundo te podría apartar de mí, y ni siquiera ha hecho falta que te lées con ella para que me dejes tirada.

Esa noche apenas cenó, tan sólo la naranja que había escondido a la muchacha, y le costó mucho tiempo dormirse. Si acostándose feliz tenía sueños extraños, aquella noche que tan inquieto estaba la situación no mejoró. Desiertos, bombas y muertos tirados por el suelo llenaron sus sueños mientras él intentaba descansar.

Los días siguientes fueron muy incómodos para Mada. Rosa siguió enfadada, y apenas le hablaba excepto para darle malas contestaciones. La situación con Violeta tampoco mejoraba las cosas, su relación se había resentido tras la tarde de estudio que tanto prometía. Pese a seguir sentándose el uno al lado del otro en el aula, de seguir tomando el almuerzo juntos en el descanso y de hablar a diario, eran conscientes de que se había levantado una fina tela translúcida entre ellos que hacía que se vieran sin verse.

A la semana de esta situación, estando los dos sentados en las escaleras principales de la Universidad, Violeta le tomó la mano y mirándole fijamente a los ojos comenzó a hablar.

-Lo siento Mada, lo siento. No sé exactamente que habré hecho mal, pero te pido perdón. Si te ha molestado que no te explicara más cosas sobre cómo vivo fue por temor a que te enfadaras como suele hacer la gente. Si lo que te molesta es cómo vivo, lo único que puedo hacer es reiterar mis disculpas.

Mada pasó unos segundos en silencio que se le hicieron eternos. Mil cosas en las que había pensado, y mil cosas en las que no había reparado afloraron en su cabeza de forma atropellada.

-No, no tienes que pedir perdón. No estoy enfadado, es sólo que me sorprendió. Sabía que por el trabajo de tu padre tu vida estaría muy alejada de la mía, pero no imaginaba que tanto – Su voz fue perdiendo poco a poco el temblor inicial – Y me impactó, muchas de las cosas que vi o escuché esa tarde eran cuentos para mí hasta entonces, incluso llegué a pensar que te habrías asustado al entrar en mi casa.

-¿Por qué? – La voz de Violeta expresaba verdadera indignación – Como bien dice tu padre el tamaño de un hogar no lo definen sus metros, sino quién lo llena. Y aunque en tu hogar hayan pasado cosas terribles... - Tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo

que se le había formado en la garganta – el hogar que formáis tu padre y tú es gigante. Te quiere mucho Mada, lo noté en cuanto entró por la puerta y te miró.

Mada soltó la mano de la chica y saltó de las escaleras aprovechando para limpiarse las lágrimas que habían empezado a formarse en sus ojos, y sonriendo, esta vez de verdad, volvió a mirarle a los ojos.

-Entonces todo solucionado. Yo también te pido disculpas si me he comportado como un capullo.

-¡Ja ja ja! – La risa de la chica también salía del corazón – Tranquilo, tu reacción ha sido la más normal del mundo. ¿Todo arreglado entonces?

Mada asintió sin perder la sonrisa de la boca.

-Había pensado – prosiguió Violeta – si quieres, que podrías venir a mi casa alguna tarde para estudiar y preparar el examen de primeros auxilios.

-Genial – contestó el chico – Pero tendrá que ser mañana, que yo no tengo teléfono móvil para llamar a mi padre – dijo sacando la lengua y echando a correr antes de que Violeta le alcanzara.

La conversación con Violeta animó al joven a intentar solucionar las cosas con Rosa. En cuanto terminó las clases, y tras comer, fue a casa de la muchacha con su mejor sonrisa y una sincera disculpa.

-Sé que te fallé – comenzó diciendo – Que te dejé tirada en la calle, que hacía frío. Créeme, ya me siento bastante mal por ello, pero te juro que no volverá a pasar. Dime qué tengo que hacer para que me perdones, y lo haré. Estoy harto de no poder quedar contigo y hablar como siempre.

-Quiero que vayas a ese banco del parque – contestó su amiga señalando hacia la zona del parque que se veía desde la ventana de su cuarto – y te sientes a esperarme.

Sin mediar más palabras Mada salió corriendo hacia donde le había dicho la muchacha, se sentó y se preparó a esperarla durante un buen rato, ya conocía a su amiga. A pesar de que la idea original de Rosa era dejarle allí esperando hasta que se cansara y se marchara a casa, tras más de media hora acabó sintiendo pena y bajó con él.

-Tienes aguante, ¿eh? – dijo ella ofreciéndole una taza de chocolate caliente.

-Bueno, por una buena amiga lo que sea.

De nuevo Mada se sentía más animado, había arreglado las cosas con las dos chicas y al día siguiente comería con Violeta y estudiarían juntos. Esperaba que esa tarde fuera mejor que la anterior. Desde que se despertó al día siguiente sintió ansiedad porque terminaran las clases y caminar con ella hasta su casa.

Llegado el momento ambos se sentían más relajados que la vez anterior. Ambos notaron que habían superado una barrera que no habían visto hasta que se habían chocado con ella, pero ya estaba superada. Cuando llegaron al barrio donde vivía Violeta, Mada miraba las casas con interés, no con recelo. Intentó apreciarlas y no sentir envidia. Las calles eran

amplias y espaciosas, las casas muy bonitas con elegantes jardines delanteros, todo ello gustaba mucho al chico.

Al llegar a la puerta de la casa de la joven, de dos plantas, Mada empezó a sentirse nervioso. ¿Cómo sería por dentro? ¿Cómo serían sus padres? ¿Se sentiría cómodo? Violeta abrió la puerta, y él no pudo cerrar la boca. Era enorme, resplandeciente y todo parecía casi nuevo. ¡Menuda diferencia! Violeta le condujo hasta la cocina, donde les esperaban dos platos con filetes de pollo para comer, vaya lujo. ¡Y con patatas asadas! Comieron hablando sobre las clases, pero Mada no podía apartar la mirada de todas las cosas que había en la cocina, solo lo que había allí era más de lo que tenían en toda su casa.

Cuando terminaron de comer, incluyendo unas deliciosas natillas de postre, Violeta le enseñó la casa. En la planta baja había un baño, un comedor, un salón, y la cocina además del patio trasero, más que la vivienda donde habitaba Mada con su padre. En la planta superior es donde se encontraban las habitaciones de los padres de la chica, de ella, y la de su hermana. Viendo el cuarto de Violeta aparecieron sus padres recién llegados de sus respectivos trabajos. Mada pudo sentir la hostilidad del padre en cuanto se cruzaron sus miradas, y la incredulidad en la de su madre.

-¡Hola papi! ¡Hola mami! Este es Mada, mi compañero de clase, le estaba enseñando la casa.

-Hola, encantado. Tienen una casa preciosa – dijo Mada atemorizado ante la presencia de los padres de la chica.

-Hola... chico. ¿No tenáis que estudiar? – dijo el padre.

-Sí claro, ya vamos – contestó Violeta moviendo la silla del escritorio.

-No, mejor en la cocina – dijo la madre – Ahí hay más espacio.

Los cuatro bajaron las escaleras en silencio, acompañados tan sólo por una tensión que podía ser masticada. Pasaron la tarde estudiando el examen de medicina con la casi perpetua compañía de alguno de los padres de Violeta, lo cual complicaba infinitamente la concentración de los muchachos y molestaba horrores a Mada. Cuando terminaron, Violeta le dijo que les preguntaría a sus padres si podría acompañarle aunque fuera un poco camino de su casa. A punto estuvo el chico de decirle que no lo hiciera, pero no quiso quitarle la ilusión que vio en sus ojos.

Craso error. Pese a no escuchar las palabras exactas Mada pudo oír la fuerte discusión desde que entró su amiga en el salón donde estaban sus padres. Cabizbaja volvió a la cocina y musitó que era demasiado tarde y que no podría acompañarle.

-No te preocupes, sé cuidarme solo – Dijo guiñándole un ojo, y se marchó.

## CAPITULO III

De nuevo estaba ahí, otra vez había vuelto a aparecer esa fina tela traslúcida. Pero esta vez no se interponía entre los dos, se colocaba alrededor de ellos proyectándose hacia fuera. Se habían visto desnudos, no de forma física, sino personalmente. Habían observado el mundo donde habitaba el otro, el contexto que los rodeaba y por fin se habían conocido del todo. Finalmente fueron conscientes del abismo que les separaba, pero en el tiempo que habían invertido en conocerse, en ver el interior del otro, habían construido una fina pasarela que conectaba ambos mundos y se habían quedado en el centro justo. Poco a poco fueron siendo conscientes de ello y se acercaron aún más, hasta que un día y sin pensarlo, se dieron su primer beso. Como la cosa más natural del mundo, simplemente ocurrió.

El horario lectivo había terminado, bajaron las escaleras que conectaban el edificio principal con el patio delantero y comenzaron a despedirse.

-Bueno, estudia mucho que te veo flojo con la física – Dijo Violeta dejando aparecer la pequeña sonrisa de superioridad que ponía cuando hablaban de ciencias.

-Sí, lo haré. Y cuando quieras te ayudo con unas clases particulares de filosofía, que no todo en esta vida son ecuaciones – Contestó arqueando las cejas dos veces, un gesto que a la chica molestaba sobremanera.

-Mañana te veo Mada.

-Mañana nos vemos.

A diario conversaciones como esta transcurrían mientras se iban alejando el uno del otro, alzando la voz conforme la distancia se iba haciendo mayor, pero esta vez se habían quedado parados el uno frente al otro, mirándose fijamente. Y en lugar de levantar el brazo y sacudirlo en forma de despedida, unieron sus manos. Sus corazones atrajeron sus cuerpos y juntaron sus labios. Fue un beso tímido y leve, húmedo e improvisado, aunque el bello de los dos jóvenes se erizó desde los pies hasta la coronilla. Separaron sus bocas aunque no sus cuerpos, ni fueron capaces de desligar las manos.

-Llevaba siglos queriendo hacer esto Violeta.

-Ya serán algunos años menos – replicó la chica apoyando la cabeza sobre el pecho de él.

Mada la besó en la frente y estuvieron así, sin moverse ni un milímetro durante un tiempo que ninguna de los dos podría determinar. Por fin, conscientes del hambre que sentían y del camino que les quedaba hasta casa se separaron, volviéndose a besar con más pasión que la primera vez, y marcharon en direcciones opuestas.

De camino a casa un pensamiento asaltó a Mada: “Así que esto es la felicidad”. Qué sensación más maravillosa, hacía que el corazón le latiera más deprisa, que empujara a su cuerpo en la dirección contraria buscando el cuerpo de Violeta.

Pese al hambre atroz que devoraba el estómago del joven, no pudo evitar pasarse primero por casa de su amiga, ella tenía que ser la primera en enterarse. Rosa se alegró como solo un amigo se alegra al ver feliz a alguien de quien se sentía inseparable.

-Me alegro tanto por ti – Dijo la chica con una amplia sonrisa en la cara – Ya era hora de que la vida te diera un respiro y disfrutaras un poco. ¡Ahora me tendrás que buscar un novio a mí! ¡Y quiero que me la presentes!

Los días comenzaron a pasar de forma muy rápida. Pasaban las mañanas juntos, en clase, jugando con las manos por debajo del pupitre, escabulléndose en los descansos para comprobar cómo se fundían sus labios y comenzando a explorar sus jóvenes cuerpos. Por las tardes separados, siendo imposible mantener sus pensamientos alejados del otro, intentando concentrarse en las tareas, las asignaturas y los exámenes. Por las noches juntos de nuevo, aunque fuera en sueños, siempre que las atormentadoras pesadillas dejaban de perseguir a Mada.

Los fines de semana inventaban excursiones, trabajos en grupo o lo que se les ocurriera con tal de poder ir juntos a algún parque a pasear tomados de la mano y hacer suya la ciudad. Casi desde el principio hablaron que lo mejor sería ocultarlo a sus padres; eran jóvenes, pero no tontos, y aunque no podían ver la fina tela que les rodeaba eran conscientes de ella, y sabían qué significaba.

Sin apenas darse cuenta habían pasado los seis primeros meses de clase. Llegaron los exámenes semestrales, y el haber encontrado por fin un equilibrio en sus vidas les ayudó a esforzarse al máximo y concentrarse, pese a lo mucho que les costaba, en estudiar. Los resultados fueron impecables, los dos se repartían las mejores notas de su grupo. El mundo tomaba un color para Mada que no había tenido nunca, veía las cosas de otro modo; ya no tenía que resignarse con su vida, había aceptado las cosas horribles que le habían sucedido en el pasado, aprendía a disfrutar de su día a día contando con una preciosa chica que le apoyaba, y a su mejor amiga.

El final del primer semestre suponía dos semanas de vacaciones, dos semanas que pensaban invertir en dos planes. El primero, pasarlas juntos, el segundo, presentar a Violeta y Rosa. Mada estaba deseando que ambas chicas se conocieran, deseaba que se cayeran genial y se hicieran amigas íntimas. El primer día que no tuvieron clase tras los exámenes quedaron los tres en el mismo parque donde siempre se reunían los dos amigos. Mada lo disfrutó como un niño, estar tan bien rodeado de dos personas que le querían tanto y ver cómo congeniaban. Se despidieron con promesas de volverse a ver y disfrutar de nuevo de un momento tan agradable y que tan feliz hacía a Mada.

En cuanto a pasar juntos el mayor tiempo posible, para Violeta era más sencillo. Sus padres pasaban mucho tiempo trabajando y tenían más complicado controlar a la chica. Pero para Mada era diferente, las horas de trabajo de su padre dependían de diversos factores, y estaban atravesando una época de poco trabajo. Al chico se le acababan las excusas, y una de las tardes que pasaba con Violeta se sinceró.

-Cariño, creo que deberíamos empezar a hacer oficial lo nuestro – Dijo el chico – Mi padre va a empezar a pensar que me drogo, hoy le he tenido que decir que iba al jardín botánico, y ni siquiera sé dónde está.

-Tienes razón – contestó Violeta cuando consiguió parar de reír – Seguramente empezar con tu padre sea la mejor opción, y mañana si quieres te llevo al jardín botánico.

Idearon un plan maestro: aprovecharían que al día siguiente su padre trabajaba toda la tarde para ir a su casa, preparar una deliciosa cena y recibirlo con la gran noticia. Al poco de marcharse el padre del joven, apareció Violeta por casa de su novio con algunas provisiones para la cena, salchichas para la pasta y manzanas rojas, las favoritas de Ramiro.

Tras pasar toda la tarde regalándose besos y caricias, y dedicarle más tiempo del que hubieran deseado en preparar la cena llegó el padre de Mada. Nada más abrir la puerta quedó asombrado, lo primero que le recibió fue el agradable olor a espagueti con tomate, su plato favorito. Frente a él, su hijo cogido de la mano de la muchacha que ya había estado allí estudiando con él, aquella de la que Mada siempre hablaba.

-Papá, ven a la cocina. Hemos preparado la cena y tenemos algo que contarte.

-Que conste en acta que voy a ir a la cocina porque tengo hambre – empezó a decir de forma muy seria mientras se acercaba muy despacio a la joven pareja – no creo que tengáis nada que contarme – puso ambas manos sobre los hombros de los chicos – Se ve a la legua.

Mada empezó a ponerse rojo aunque muy contento. Su padre le dio un beso y, apartándole, abrazó a la chica.

-Bienvenida a la familia – prosiguió el hombre – Siempre habrá un hueco en esta casa para ti siempre y cuando cada vez que entre por la puerta huela así de bien, y si sigues haciendo a mi hijo tan feliz como hasta ahora. Gracias – Dijo dándole un sentido beso en la mejilla

Los tres se dirigieron a la cocina y cenaron hablando sobre la pareja, sus estudios, los planes que tenían. El padre del chico estaba encantado al ver así de contento a su hijo, y no podía parar de pensar en su mujer, y lo alegre que estaría.

Para Mada todo el tiempo que pasaba con su novia era poco, e intentaba salvar cualquier obstáculo que hubiera entre los dos. Tras la cena con su padre una duda se instaló en su cabeza, ¿Había llegado el momento de hablar con los padre de Violeta? Quizá se lo tomaran tan bien como su padre.

-Quizá si cuando lleguen tenemos la cena hecha y estamos tras la puerta cogidos de la mano mostrándonos encantadores, tu padre no me despelleja – decía Mada dubitativo.

-Mi padre no te va a despellejar tonto, le da asco la sangre. Seguramente te asfixiaría. Yo creo que aún debemos esperar un poco más. No sé, acabemos el curso y en verano, con el buen tiempo, todo aprobado, que llevemos varios meses juntos...

-Tú mandas jefa.

Y obviando un tema que tarde o temprano tendrían que afrontar, continuaban viviendo en su burbuja de felicidad ahora que tenían más facilidades para verse el contar con el beneplácito de Ramiro.

El último día antes de volver a clase se encontraban abrazados en el sofá mientras veían la tela, una serie antigua que le encantaba al padre del chico sobre un profesor con cáncer que acababa fabricando drogas en una caravana. A Mada no le gustaban esas series porque

odiaba ver lo bien que se vivía apenas 20 años antes, aunque a Violeta le encantaban y se había acabado aficionando.

Era tarde, aunque el padre de Mada estaría trabajando toda la noche. La chica había dicho a sus padres que dormiría en casa de una amiga que vivía cerca de la universidad, y al padre de él no le había molestado que se quedara a dormir. Mada comenzó a besarle, a acariciar su cuello. Notó cómo se erizaba el bello de Violeta. Puso un dedo en la frente de la chica y fue bajando acariciándole la nariz, la comisura de los labios, el cuello... y prosiguió su descenso. Cuando llegó al pecho de su novia le miró a los ojos, y ella le sonrió. Despacio, mientras jugaban, acabaron desnudos en el sofá.

-¿Estás lista? – preguntó Mada mientras ella asentía con la cabeza.

A pesar de la vergüenza que empezaban a sentir los dos, él se puso en pie y, tomándola de la mano, la llevó hasta el cuarto de su padre, a la cama grande. Su primera vez no podía ser en un camastro. Apagaron las luces y se dejaron llevar. A pesar de la inexperiencia de ambos fue una noche maravillosa para los dos, llena de momentos íntimos y especiales. Cuando su padre llegó, Mada dormía en el sofá y la chica en el camastro.

Cuando se despertaron, tras desayunar y asearse, se marcharon juntos a la Universidad. Fueron cogidos de la mano, en silencio. Pero no era un silencio incómodo provocado por algún problema, era un silencio lleno de la felicidad de dos jóvenes que se habían unido por completo y que rebosaban ilusión. De vez en cuando uno miraba el otro de soslayo, y el otro le sonreía.

Hasta que llegó la hora del descanso, donde les dio el Sol y comieron algo anduvieron en una especie de sueño del que no querían despertar. Menos mal que despertaron, porque el segundo semestre llegaba cargado de deberes y trabajos.

-Tenéis un mes para entregarme el siguiente trabajo – comenzó a decir Fernando, el profesor de filosofía – Ensayo sobre la felicidad. Con todo lo que hemos visto, leído y estudiado tenéis que entregarme un ensayo sobre vuestra visión de la felicidad.

“Genial”, pensó Mada. En cualquier otro momento de su vida el chico habría vomitado ante la idea de su profesor, ahora, era una buena nota y un trabajo que disfrutaría. La felicidad, su nueva amiga.

Cuando terminaron las clases bajaron las escaleras como siempre, cogidos de la mano mientras charlaban alegremente. Apenas habían bajado la mitad de los escalones cuando una imagen les heló por completo: el padre de Violeta parado en la puerta mirándoles fijamente. Desligaron sus manos como si nada, y continuaron caminando como si nada hubiera pasado, pero ahí seguía él, atravesándoles con la mirada. Cuando llegaron a la altura del hombre Violeta se paró a su lado y Mada siguió su camino sin despedirse, como si no se hubieran visto.

-¿Qué te crees niñato, que soy estúpido? – escupió el padre de la muchacha con la furia de mil bombas atómicas. Mada frenó en seco, invadido por el estupor – Cuando duermas con la hija de alguien, ten la decencia de pararte y saludarle mirándole a los ojos.

-Papá, ¿Qué dices? – La voz de la chica temblaba tanto que podría haberse medido como si fuera un terremoto – Anoche dormí en casa de Ana.

Sólo entonces apartó el hombre la mirada de Mada y asestó una sonora bofetada en la cara de su hija. El chico empezó a observar cómo la cara de Violeta empezaba a ponerse roja mientras se inflamaba, pero se sentía incapaz de moverse y decir al padre de su novia todo lo que pensaba de él. La gente empezaba a mirarles descaradamente.

-No mientas a tu padre –prosiguió el hombre aún furioso – Vi a Ana llegar sola a su casa anoche, y te he visto llegar esta mañana con este desgraciado, cogidos de la mano. Ahora me vais a prestar los dos tanta atención como os permitan vuestras cabezas huecas. Sea lo que sea lo que haya entre vosotros, se ha terminado. No es una sugerencia, ni siquiera una orden, es un hecho. Si tengo que utilizar todos y cada uno de los recursos de que dispongo lo haré, mi hija no se amancebará con una rata como esta. ¿De acuerdo?

Sin esperar a que ninguno de los dos contestara tomó a su hija del brazo con fuerza y la llevó casi a rastras hasta un coche que les esperaba al otro lado de la verja que rodeaba el antiguo edificio militar. Mada no pudo soltar ninguna palabra de despedida, tan sólo dos lágrimas. Una por cada ojo.

Pasó mucho tiempo así, parado en la misma posición, mirando hacia el lugar en el que había visto a Violeta meterse en el coche y desaparecía mientras notaba cómo se secaban las dos solitarias lágrimas que se le habían escapado, sintiendo cómo le quemaban esos dos puntos exactos, escuchando como le hablaba su corazón. Primero sobre tristeza, una profunda e infinita. Luego, rabia de es que te nace en el estómago y te sube por la faringe saliendo por la boca en forma de espuma. Pasado un rato rompió a llorar y emprendió el camino de vuelta.

A punto estuvo de parar en casa de Rosa y explicarle lo sucedido, pero no se sentía con fuerzas. Cuando ella viera que él no aparecía por el parque iría a buscarle a su casa y se lo contaría todo. Al llegar su padre no estaba. No comió, se tumbó en el sofá y siguió llorando durante toda la tarde hasta que se quedó dormido exhausto. Cuando Ramiro llegó a casa vio el plato de comida sobre la mesa sin tocar, el montón de pañuelos en el suelo y la cara enrojecida de su hijo dormido. No necesitaba saber cómo ni por qué, pero sabía lo que había ocurrido. Se sentó en el suelo y tomó la mano de Mada. Tampoco cenó el hombre, se acabó quedando dormido sentando en el suelo cogido de la mano de su hijo, escuchándole sollozar, sintiendo cómo el dolor del chico le traspasaba la piel y le llegaba al corazón.

Cuando despertó Mada vio cómo había el día había amanecido lloviendo mientras escuchó a su padre duchándose. Se sentó en el sofá y se quedó mirando la tela apagada. Una visión llegó a su mente, dos noches atrás los dos se abrazaban en ese mismo lugar mirando la televisión. Cerró fuertemente los ojos y sacudió la cabeza como si así pudiera borrar ese recuerdo de su mente y evitar el llanto que comenzaba a volver a formarse en sus ojos. Cuando salió del baño su padre le miró con gesto serio, aunque sonriendo, un arte que había desarrollado en los últimos años.

-Puedes quedarte en casa si quieres hijo, tómate el día libre.

-No puedo papá, necesito ver a Violeta – una lágrima comenzó a formarse en la orilla de sus párpados – Ayer... el nudo de la garganta le asfixiaba, no le dejaba hablar ni respirar.



-Déjalo, no hace falta que me lo expliques ahora, hazlo cuando estés listo. ¿Quieres que te acompañe?

Mada levantó la cabeza y asintió haciendo bailar el llanto que ya no podía contener. Su padre le acompañó hasta el baño para que se duchara. Al salir se sentía limpio y algo mejor, desayunó el agua sucia que le había preparado su padre y salieron juntos de casa tomando el camino hacia la Universidad en silencio.

Cuando llegaron era muy pronto, las 8:30. Decidió esperar a la chica en la puerta pidiéndole a su padre que se marchara. Mada comenzaba a sentirse incómodo, todo el mundo le miraba cuando llegaba y le veía ahí parado en la puerta. Entonces pensó que no sería muy buena idea estar ahí si ella llegaba con su padre, así que entró y se sentó en un banco que había nada más atravesar la puerta principal del edificio. Dieron las 9 y el joven aún seguía esperando. Pensó que quizá ella habría llegado más temprano que él así que corrió escaleras arriba en dirección al aula. Echó un vistazo rápido y nada, la chica no estaba dentro de clase ni en el pasillo. Volvió corriendo otra vez al mismo banco de la entrada, por si Violeta llegaba tarde, antes de que le viera el profesor de matemáticas. Se sentó mirando el reloj: 9:15, 9:30, 10:00. Nada.

11:00, 12:00. Nada. La 1, las 2, las 3. Todo el mundo salió de clase armando un gran alboroto, contentos por marcharse por fin a casa. En medio de todos ellos se encontraba Mada asustado, ¿Qué estaba pasando? ¿La habría sacado su padre de la Universidad? Eran las tres y cuarto y no quedaba nadie en el hall. Volvió a salir a la calle desanimado aunque agradeció el aire fresco. Su cabeza no paraba de dar vueltas, ¿Qué podría hacer? ¿Ir a su casa esperando a que saliera ella sola? ¿Dejarle una carta en el buzón?

Seguía ensimismado en estos pensamientos cuando vio llegar un coche negro con los cristales tintados, provocándole una taquicardia. Raudamente se escondió tras un seto y observó. Bajó el conductor primero, un hombre alto y fuerte vestido con traje y corbata. Abrió la puerta trasera y salió del coche Violeta, con cara de no haber dormido en toda la noche y haber derramado un mar de lágrimas. Mada notó cómo se rompía en mil pedazos que iban cayendo al suelo con gran estruendo.

El hombre cerró la puerta y comenzó a caminar junto a la chica hacia el edificio principal, ella parecía un robot. Al atravesar la puerta Mada intentó abordarles pero, sin mirarle siquiera, el hombre le apartó con el brazo. Inmóvil observó cómo subían las escaleras y entraban en la Universidad. Aguardó hasta que bajó el hombre para hablar con él.

-¿Qué pasa? ¡Hábleme!

-Mira chaval, te lo voy a explicar una vez por las buenas. En el fondo me das pena y espero que entiendas la situación y lo hagas más fácil para todos, Violeta y tú incluidos – se notaba que al hombre tampoco le agradaba la situación – Fermín, su padre, ha movido hilos y ahora ella va a venir a clase por las tardes, y se ha asegurado de que a ti no te dejen hacer el mismo cambio. Tengo que traer a la chica y recogerla todos los días, y ha avisado a los profesores de que si estás por aquí rondando, si intentas acercarte a ella, o si no entra en clase me avisen para que venga a... impedir que tengáis contacto. Por los medios que sean necesarios.

El hombre se quedó mirando fijamente a Mada, que estaba con la boca abierta sin ser capaz de parpadear.

-¿Lo has entendido? – Preguntó el hombre esperando a que el joven asintiera con la cabeza – Sé que parece el fin del mundo, pero sois jóvenes, el mundo no se acaba aquí. Además, Fermín es poderoso y tiene contactos, si intentas cualquier cosa saldrás mal parado, y posiblemente Violeta también. Se inteligente chico.

Se quedó mirando fijamente a Mada, que seguía completamente helado sin cambiar la expresión de incredulidad.

-Estoy esperando a que te vayas a casa – dijo el hombre.

Mada se dio la vuelta y comenzó a caminar haciendo un gran esfuerzo por no tambalearse y mantener el equilibrio. Siguió andando hasta que escuchó el coche arrancar e irse, dándose la vuelta y echando a correr hacia la Universidad nuevo. Subió las escaleras y miró el tablón de la entrada buscando las aulas donde daban clase los grupos de por la tarde, si hacía falta sacaría de a Violeta en mitad de la explicación.

Notó una mano posarse en su hombro, y volvió a quedarse petrificado. Girándose vio al conserje detrás de él.

-¿Tú eres Mada verdad? – Preguntó aun sabiendo la respuesta – Me han ofrecido un buen dinero a cambio de avisar al padre de la chica si te veo merodeando por aquí. Aunque no me vendría mal esa inyección no paro de pensar que no te pasaría nada bueno si hago esa llamada, así que, por favor, márchate.

Completamente resignado Mada agachó la cabeza y empezó a caminar. En un par de ocasiones miró atrás para comprobar cómo el conserje le vigilaba desde arriba de las escaleras. Cuando por fin el hombre entró en el edificio Mada buscó un lugar en el que sentarse desde el que pudiera ver la entrada a la Universidad, esperar a que terminaran las clases para intentar acercarse a ella. Necesitaba decirle que pelearía por ella, que volverían a estar juntos, lo mucho que la añoraba y que tenía que ser fuerte.

Un cuarto de hora antes de finalizar el turno vespertino apareció el mismo coche del que ya había visto bajar a Violeta, bajando de él el mismo hombre con el que había hablado esa misma tarde. Lo primero que hizo fue barrer la calle con la mirada, supuso Mada que buscándolo a él. Esperó en la puerta a que saliera Violeta, la montó en el coche, y se marcharon. Finalmente supo que tenía que irse a casa.

Caminando recordó que Rosa no se había pasado a verle el día anterior, y suponiendo la enfadada decidió pasarse por su casa a explicarle lo ocurrido. Al llegar vio un sobre pegado en la puerta con celofán que ponía su nombre. Llamó a la puerta mientras arrancaba la carta y la abría. Esperó a que alguien le abriera, aunque la misiva le hizo pensar que no habría nadie en la casa.

*Mada, volviendo anoche del parque Rosa fue atropellada por un vehículo del ayuntamiento. Está en el hospital de la Nueva República, habitación 210. Pásate a verla cuando puedas, está muy grave.*

Sintiéndose repentinamente mareado y bloqueado se tuvo que apoyar en la pared para no caerse al suelo. Al releer la carta esperando encontrar algo que le dijera que era una broma

se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las manos. Se marchó a su casa sujetando el folio con fuerza, tanta que lo rasgó y se clavó las uñas en la mano.

Al entrar en su hogar su padre no estaba, tan sólo un plato y una nota. La nota no quiso ni mirarla, arrugándola y tirándola a la papelera, ya había leído suficiente ese día. Se sentó frente al plato de comida, sopa de fideos con huevo cocido, forzándose a comérselo a pesar de no tener nada de hambre, pues llevaba más de 24 horas sin apenas alimentarse. Mecánicamente tomó la cuchara y empezó a llevársela a la boca, no siendo consciente hasta casi terminar que se la estaba tomando completamente fría. En ese mismo instante una arcada le llevó toda la cena de nuevo hacia la boca, dejándole casi sin tiempo de llegar al fregadero a vomitar. Con un mal cuerpo del que apenas era consciente fregó todo lo que había ensuciado y se tumbó en el sofá sin desvestirse.

Tenía los ojos muy abiertos, tanto que le escocían. La boca le sabía a vómito y a hiel. No era capaz de recordar si había vuelto a pestañear desde que viera a Violeta por última vez, como si tuviera miedo de olvidar la imagen de la chica si cerraba los ojos. A la mañana siguiente no podría haber dicho cuánto tiempo tardó en dormirse, pero al menos se sentía un poco más despejado.

-Tienes que ser fuerte – decía una voz en su cabeza – Sabes que el hueco que tienes en el pecho te va a costar mucho tiempo volver a llenarlo, pero Rosa te necesita junto a ella. Recomponte por ella, ve a verla.

Mada sabía que esa voz tenía razón, y no era la primera vez que tenía esa sensación de haberle arrancado de cuajo todo lo que tenía en la caja torácica. Intentando no despertar a su padre, que debía haber llegado tarde del trabajo se duchó y desayunó. Al sentarse vio cómo su padre había rescatado la nota que él había tirado a la papelera, estirándola y volviendo a colocarla en el centro de la mesa.

*“Apenas recuerdo lo duro que es ser joven y no ser capaz de ver más allá de lo que nos aflige el corazón. Tú y yo ya hemos sufrido mucho, y lo que nos queda por sufrir. Esto no es sino una piedra más en el camino, y cuando la hayas superado sabrás mirar atrás y admirar de aquello de lo que pudiste disfrutar, aunque fuera brevemente: el primer amor. Déjame escribirte una frase que a mí siempre me ayudó en los peores momentos: Desechad tristezas y melancolías. La vida es amable, tiene pocos días tan sólo ahora la hemos de gozar.*

*Sé que ahora mismo te parecerá una estupidez, pero memorízala, algún día te servirá de ayuda. Es de un poeta que de pequeño me encantaba, Federico García Lorca. Busca en la biblioteca algún libro suyo que te ayude en estos tristes días, para lo demás, ya sabes dónde encontrarme.*

*Te quiero hijo”*

Con indiferencia dejó la nota que había encontrado la noche anterior en la puerta de la casa de Rosa sobre la nota que le había dejado su padre. Tras vestirse salió de casa camino del hospital. Fue una caminata tortuosa, bailándole la mente entre la preocupación por su amiga y el dolor por la mujer perdida. A ratos rompía a llorar, otros le invadía una rabia que le superaba y le hacía golpear lo primero que tenía cerca. Cuando llegó al hospital le dolían los ojos y las manos.

Preguntó en recepción por la habitación que le habían indicado en la nota sin importarle la pocas ganas con la que le contestó la chica del mostrador. Subió las escaleras y siguió los carteles que iban indicando el camino hacia las habitaciones. Al entrar en el pasillo donde ésta se encontraba se quedó helado, los padres y hermanos de Rosa se abrazaban llorando y gritando. El chico se dio la vuelta, no tenía fuerzas para escuchar la noticia, iría a clase y se olvidaría del mundo.

-¡Mada! – Gritó la madre de Rosa cuando éste giraba - ¡Mada mi niña!

Se sentía prisionero clavado en una baldosa, no podía salir corriendo, no podía ir hacia la habitación, no podía consolar a una familia destrozada. Las lágrimas que ya creía disipadas se volvieron a amontonar luchando por salir en estampida. Unos brazos le obligaron a hacer lo que él no podía, le rodearon y apretaron con fuerza.

-¡Mi hijita! – Decía el padre de la muchacha con la voz rota - ¡Mada nos la han arrebatado!

Le arrastraron hacia la habitación donde yacía el cuerpo sin vida de su amiga. Allí estaba ella tumbada, con el cuerpo lleno de cables, vías y vendajes, completamente pálida sumida en un sueño del que uno no podía despertar. Mada besó a la chica en la frente y le pidió perdón por no haber estado en el parque, por no evitar que aquel maldito coche le arrebatara la vida.

Poco después llegó su padre preocupado por la nota que había dejado el chico en la mesa. Los enfermeros ya se habían llevado a su amiga para prepararla para el entierro, que sería esa misma tarde por deseo de los padres, no querían alargar más aquella tortura.

Tras despedirse del féretro donde la chica descansaría para siempre todos volvieron a casa con el corazón encogido.

Al día siguiente comenzó una nueva vida para Mada. Su rutina era la misma, solo que completamente diferente. Ahora todo tenía un color distinto, de un gris casi negro. Un nuevo pensamiento se había adueñado de él, ¿Para qué vivir? No, el chico no pensaba en suicidarse, era una idea que transcendía de un acto tan burdo, era un concepto que dudaba de la vida misma.

Seguía yendo a clase, atendiendo y tomando apuntes. Salía de la Universidad, volvía a casa, hacía los deberes y estudiaba. Dormía y seguía teniendo aquellas pesadillas horribles donde aparecía un mundo arrasado con muertos por todas partes, sueños donde no había lugar para sonreír. Poco a poco se iba acostumbrando a su nuevo día a día, a dejar latir despacito a su corazón, hasta que un día su profesor de filosofía le recordó que ya casi había pasado un mes desde que les encargara el trabajo.

-Mañana es el último día para que me entreguéis los trabajos sobre la felicidad. Lo recuerdo para los rezagados, y no quiero mirar a nadie – dijo mientras posaba su mirada en Mada.

¡No! Se había olvidado completamente de aquel trabajo. Cuando terminaron las clases no volvió a casa, bajó directamente a la biblioteca, el único sitio donde gracias al silencio y a los libros que había aprendido a amar se concentraría lo suficiente como para hacer el trabajo.

*“La felicidad en Grecia era la evolución paulatina de las cosas, una idea que...”*

Arrugó el folio y lo tiró a la papelera. No, no podía empezar así.

*“Según Ortega y Gasset <Si nos preguntamos en qué consiste ese estado ideal de espíritu denominado felicidad hallamos fácilmente la primera respuesta: la felicidad consiste en encontrar algo que nos satisfaga completamente. Más, en rigor, esta respuesta no hace sino plantearnos en qué consiste ese estado subjetivo de plena satisfacción. Por otra, qué condiciones objetivas habrá de tener algo para conseguir satisfacernos>”*

De nuevo rompió el folio. Llevaba así una hora y no era capaz de escribir nada decente. No quería hacer un resumen de lo que los filósofos habían pensado que era la felicidad a lo largo de la historia, quería escribir algo que fuera suyo aunque no se sentía con fuerzas para escribir nada bueno sobre el tema.

Dejando sus cosas en la mesa salió a la calle a tomar un poco de aire.

-¿Qué podemos decir de la felicidad? – Preguntó su corazón a la cabeza.

-¿Qué podemos decir de la felicidad si no podemos ser felices? Venimos al mundo para morir y sufrir, y esa, fundamentalmente, es la causa de que no podamos lograr la felicidad – Respondió la mente del chico.

Mada sacudió la cabeza, no podía escribir un trabajo así. Aunque, bien pensado, Fernando no había dicho nada de escribir sobre ser felices, había pedido un trabajo sobre la felicidad. ¿Y si él escribía sobre no ser feliz? Desde que había pasado lo de Violeta y tras la muerte de Rosa Mada había abierto un cajón de su memoria que tenía cerrado donde había guardado todo el dolor que sintió al morir su madre. Volvió a su asiento y apuntó el título del trabajo: *La felicidad*. No, ese no podía ser el título, comenzó de nuevo: *Manifiesto*.

*No podemos ser felices. Venimos al mundo para morir, y esa, fundamentalmente, es la causa de que no podamos lograr la felicidad.*

*Desde el mismo día en que vemos la luz del mundo por primera vez, establecemos un lazo con el resto de la humanidad, que nos hará desdichados el resto de nuestra vida, la muerte. Porque da igual el sexo, la raza, la religión, la posición económica, los estudios, las aspiraciones personales, o la ideología, incluso la forma de ser, porque todos, todos, moriremos. No sabemos cuándo, ni cómo, pero sabemos que pasará, y la muerte, sólo puede traer desgracia.*

20 páginas más tarde Mada escribía la última frase del trabajo, *Disfrutad lo que podáis mientras estéis respirando, luego ya será demasiado tarde*. Soltó el bolígrafo y sintió como si hubiera perdido diez kilos de golpe, escribir todo aquello había sido curativo para su mente y su corazón. Tomó el trabajo y, grapándolo, subió a dejarlo en el buzón de su profesor.

Era 1 de abril del año 2026 y acababa de empezar el fin del mundo, aunque eso Mada, por supuesto, no lo sabía.